



COLEGIO
LIBRE DE
EMÉRITOS

JULIÁN MARÍAS: El oficio de comprender

José Lasaga

«Existe una antigua historia atribuida a Pitágoras, acerca de la gente que va a los Juegos Olímpicos. Pitágoras dice: “Así como algunos acuden a ellos para competir, otros lo hacen para comerciar, y los mejores vienen a Olimpia a sentarse en el anfiteatro en calidad de espectadores”. Esto es, los que miran finalmente llegarán a conocer lo esencial».

Hannah Arendt

1.- Preliminar

Se cumple este año de 2014 cien años del nacimiento de Julián Marías en Valladolid, un 17 de junio. Si juzgamos por su obra escrita y trayectoria pública estaríamos ante uno de los grandes intelectuales y filósofos españoles del siglo XX, siglo al que sobrevive por unos años y al que se incorpora con prisa a edad temprana. Ya es licenciado en filosofía hacia junio de 1936, formando parte de la primera promoción de la reformada Facultad de Filosofía y Letras. Ya ha publicado su primer libro —en colaboración—, *Juventud en el mundo antiguo*, en donde recoge sabidurías y experiencias del crucero por el Mediterráneo que organizó su Facultad de Filosofía y Letras a modo de viaje de estudios. La guerra civil quebraría la línea profesional y aun más, vital, apuntada al final de la licenciatura pues ese infeliz verano de 1936 había aprobado el curso-oposición a cátedra de instituto de Enseñanza Media. Aunque sus traducciones, publicaciones y colaboraciones con sus profesores de la facultad anunciaban una probable carrera de profesor universitario. De ahí salió otro mundo no solo distinto, sino opuesto —en valores, jerarquías, urgencias— al suyo, al que tuvo que adaptarse. Lo consiguió sin destruir su propio *ethos*, ya formado en los primeros años de juventud. Eso quiere decir que pudo seguir siendo fiel a sí mismo, a pesar de los duros peajes que la circunstancia le exigió pagar. Atravesó la larga dictadura de Franco viviendo en España pero sin contaminación alguna con el poder de la dictadura. Ello supuso, entre otras cosas, la imposibilidad de entrar en la universidad española, esa misma a la que parecía predestinado por voluntad y por méritos. Como él mismo señaló en alguna ocasión, pudo satisfacer su vocación de escritor pero no la de profesor, se entiende en España.

En una reciente publicación, el historiador Juan Pablo Fusi ha valorado la figura de Julián Marías, después de hacer un recuento, inevitablemente incompleto, de sus méritos en los siguientes términos: “por la claridad de su pensamiento —plasmado en una prosa transparente, clara, inteligente, admirablemente serena y lúcida, por su decencia biográfica y su honestidad intelectual (...) por la centralidad de la historia, de la razón histórica orteguiana, en su pensamiento, en su visión del hombre y de la vida; por su reflexión permanente sobre España, Julián Marías es una

presencia viva, valiosa, admirable, plena, de la filosofía española, y una personalidad fundamental en la evolución de la historia del largo siglo XX español”¹

En lo que sigue intentaré reconstruir la trayectoria biográfica de nuestro autor.

2.- Las fechas decisivas

En toda aproximación biográfica que se intente después de Dilthey y Ortega, es inevitable asumir que las categorías que determinan una vida son las de vocación (o carácter) circunstancia y azar. De las tres son decisivas las dos primeras y aunque la tercera tiene a veces una fuerza inconmensurable, normalmente actúa modificando las otras dos. Haber nacido en 1914, el año en que comienza la destrucción de Europa, y cumplir 22 cuando te estalla una guerra civil en la puerta de casa es sin duda una notable intervención del Azar. Pero la guerra estalló para todo el mundo, provocando conformaciones de carácter y “reabsorciones de la circunstancia” diferentes en cada caso.

Los encuentros son tan decisivos como las fechas. A mi juicio dos son los que “determinan” la trayectoria biográfica de Marías y los dos ocurren en el mismo lugar, en un aula de la antigua Facultad de Filosofía y Letras en la calle San Bernardo de Madrid. A saber si no fueron simultáneos: la primera clase de José Ortega y Gasset y el encuentro con quien sería su mujer y madre de sus cinco hijos, Dolores Franco, que también estudiaba la especialidad de filosofía. Dejaremos a Dolores en la oscuridad del hogar y de la dura cotidianidad de sacar adelante un hogar en tiempos de penuria. Fue no obstante autora de un libro muy relevante, *España como preocupación. Antología*² y el propio Marías ha reconocido la deuda que contrajo día a día con ella en su papel de consejera y orientadora de sus escritos y actuaciones. Por un lado, el sacrificio objetivo que implicó la llegada de los hijos:

Cuando llegaron los niños, uno tras otro, hasta cinco, las cosas cambiaron. Lolita se dedicó a ellos con entrega ilimitada, que alarmaba un poco a Ortega: dejó de enseñar, casi enteramente de escribir, renunció a los viajes salvo excepciones contadas, salía mucho menos conmigo. Iba muy poco al cine...

Pero, siendo mucho, esto no fue lo más decisivo en aquella relación pues la colaboración intelectual, que estuvo presente desde el principio, desde

¹ Prólogo al ensayo de Julián Marías, *La guerra civil, ¿cómo pudo ocurrir?*, Madrid, Fórcola, 2012, p. 7-8.

² Se publica en una editorial poco menos que familiar, la editorial Adán con un prólogo de Azorín en 1944.

los días de preparación de la *Historia de la filosofía*, no desapareció nunca. Marías la precisa en los siguientes términos:

Esta relación [con Lolita] que estoy intentando explicar se aplica igualmente a mi obra intelectual. Lolita no escribió ni una línea de ella, no ‘colaboró’ en mis libros ni artículos, como es frecuente en matrimonios intelectuales bien avenidos. En lo que colaboraba era en mi vida, y por tanto, en mi pensamiento, nutrido de nuestra convivencia, de nuestras conversaciones interminables, de la sustancia de nuestra relación. Podríamos decir que colaboraba conmigo antes de escribir, cuando empezaba a hacerlo, lo hacía enteramente solo. Podríamos decir que no tenía parte en mis libros; la tenía, decisiva en el autor; no en que los escribiera, sino en que pudiera escribirlos.³

Se casarán en 1941, después de que la guerra comience a alejarse de sus vidas.

Pero antes de cerrar este momento biográfico, merece la pena detenerse en un episodio que protagoniza el joven Marías justo en los últimos meses de la guerra civil. Julián Marías permaneció en Madrid, salvo unos meses que pasó en Valencia, durante la guerra colaborando con el mando republicano mediante traducciones, elaboración de informes y artículos. En ese contexto tiene lugar su relación con Julián Besteiro cuando éste, como miembro del Consejo Nacional de Defensa de Madrid, presidido por el General Miaja, rompe con el gobierno de Negrín, partidario de continuar la guerra a cualquier precio, y organiza la rendición de la ciudad asediada. Besteiro creyó necesario informar a la población y prepararla para el cambio que se avecinaba y pidió a Marías que escribiera algunos artículos en tal sentido, que aparecieron sin firma en *ABC*. “En ellos domina la veracidad, frente a cualquier partidismo –escribe Helio Carpintero—. Se reconoce la derrota, y se busca la reconciliación y la unificación de las Españas separadas...”⁴ Ello le costó un encarcelamiento de algunos meses y un juicio, del que salió bien librado gracias al testimonio de Lissarrague, colega de la facultad y en buena situación ante las nuevas autoridades.

Marías en la facultad

El propio Marías ha reconocido que fue decisivo para su vocación el ambiente que encontró en la Facultad de Filosofía cuando se matriculó en 1931. Para entender las experiencias que compartió con sus compañeros de clase y con sus profesores conviene señalar que es en aquel año cuando se produce la cristalización de un proceso que llevaba tiempo gestándose.

³ *Una vida presente. Memorias 2*, Madrid, Alianza, 303 y 305.

⁴ *Julian Marías. Una vida en la verdad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 19. Véase la evocación del propio Marías en sus *Memorias 1*, Madrid, Alianza, 1988, p. 238 y ss.

Y es que se aprueban los decretos que dan luz verde a la reforma de los estudios de filosofía. La plena autonomía ganada por la facultad se traduce en que el cuadro de profesores, excepcional por muchos motivos, va a trabajar en condiciones inmejorables: Gaos en Introducción a la filosofía; Morente en su cátedra de Ética, Besteiro como catedrático de Lógica, por citar a los que mayor huella dejan en Marías. Y sobre todo Xavier Zubiri y José Ortega y Gasset, catedráticos de Historia de la Filosofía y de Metafísica respectivamente, los dos maestros que Marías reivindica durante toda su vida intelectual, y especialmente a este, al que dedica una amplia serie de estudios y publicaciones, de tal modo que es imposible —hasta tal punto están imbricadas las biografías de ambos, sobre todo durante los años de su relación personal (1946-1955)— hablar de Marías sin reparar en su “circunstancia orteguiana”.

Primeras publicaciones

En los primeros años de la dictadura Marías tenía cerrado el camino de la universidad, como le quedó meridianamente claro cuando fue suspendida su tesis doctoral. Y al principio tampoco podía escribir en los periódicos ni en la mayoría de las revistas especializadas. Le quedaba un camino franco: escribir libros.

La primera publicación de Julián Marías fue una *Historia de la filosofía* (1941) cuyo origen estaba en las notas y apuntes de sus estudios universitarios. La deuda con sus maestros fue netamente reconocida por su autor y aceptada por estos con su presencia en la edición. Zubiri redactó un prólogo para la primera edición y Ortega un epílogo en la segunda. Es esta publicación uno de los datos más incontrovertibles que prueban la existencia de una escuela de filosofía de Madrid que germinó en la primera mitad de los 30 y que no sucumbió a los desastres de la guerra, aunque sea discutible el modo en que ha pervivido. El libro había sido traducido al inglés en 1967 y contaba con 32 ediciones en 1976. Fue publicada por Revista de Occidente, dirigida entonces por el hijo de Ortega, que aún permanecía en el exilio, José Ortega Spottorno.

En 1948 reunió una serie de artículos que había ido redactando en años anteriores *La filosofía española actual. Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri*, cuyo título muestra a las claras su contenido; aparecen sus cuatro maestros fundamentales de filosofía, lo que no significa, como veremos a continuación, que excluyera de su dieta filosófica lo que se estaba produciendo en Europa o que no frecuentara a los contemporáneos que habían ayudado a formarse a sus maestros: Brentano, Bergson, Husserl, Heidegger, Dilthey, etc. El libro llevaba a cabo una especie de restitución de lo aprendido de ellos.

La segunda publicación de Marías apunta a ese otro campo de ocupación intelectual que no descuidaría: la teología católica y el diálogo de ésta con la modernidad filosófica, *La filosofía del Padre Gratry. La restauración de la Metafísica en el problema de Dios y de la persona* (1941). El estudio sobre el teólogo francés fue presentado como tesis doctoral en la Facultad de Filosofía ante un tribunal en el que solo votó a su favor su antiguo profesor García Morente. El director fue Zubiri que no asistió al acto de defensa de la tesis al hallarse en Barcelona. En 1951 volvió a presentar la misma tesis y esta vez obtuvo el nombramiento de doctor.

Tiene un cierto valor simbólico que el libro que publicó a continuación estuviera dedicado a Unamuno⁵, que, a pesar de su transparente religiosidad, tenía problemas con las autoridades eclesiásticas nacional-católicas, hasta el punto de que algunos de sus libros terminarían en el índice de obras prohibidas, paradoja que habría divertido al autor de *El Cristo de Velázquez*. El centro de su universo intelectual era religioso, un *tour de force* con el cristianismo entendido de manera agónica. En cierto modo, Unamuno había sido el maestro de todos los maestros de Marías; en su inclasificable obra, éste había de encontrar, además de la originalidad teórica y fuerza poética que la impregnan, poesía, ensayos, novelas, relatos, confesiones, crónicas de viaje y hasta correspondencia, el esfuerzo unamuniano por ser fiel a dos realidades que no siempre resultaban compatibles: la modernidad filosófica, tal y como esta había evolucionado desde Descartes hasta la crisis del siglo XX, y un profundo sentimiento religioso, informado católicamente. Quien desee comprender en profundidad la figura y la obra de Julián Marías debe investigar cómo enfrentó en su escritura y en sus actos las tensiones entre razón y fe, modernidad e historicidad de la vida humana a un lado, Dios y eternidad al otro.

Marías y Ortega

La escasa atención y poca generosidad con que se ha estudiado, en general, la relación entre Ortega y Marías ha consagrado un lugar común que, en lo esencial, es falso. Dicho lugar común reza: Marías “repitió” la filosofía de Ortega, no tuvo originalidad ni aportó nada relevante a la filosofía española. Aunque no podré entrar en detalles, la presunción anterior es injusta tanto para Marías como para Ortega.

Lo cierto es que Marías toma posición junto a Ortega y dedica parte de su obra a estudiarlo y a defenderlo de los muy reales ataques que recibió primero de los nacional-escolásticos que ocuparon casi podría decirse que *manu militari*, exagerando un poco, las cátedras y puestos de investigación en el campo de la filosofía y las humanidades; y más tarde cuando lleguen los sesenta y setenta de los jóvenes que despiertan a las

⁵ Miguel de Unamuno, Madrid, Austral, 1997. La primera edición, fechada en 1942.

modas europeas en un momento en que la fenomenología y las filosofías de la vida eran mal vistas desde el poder universitario. Marías fue reducido a “orteguiano” primero por la derecha y luego por la izquierda⁶.

También, y quede aquí entre paréntesis, es injusto con Ortega el lugar común porque la razón viviente orteguiana no coincide con la razón vital de Marías en ciertas cuestiones metafísicas últimas, como la estructura del yo o la dimensión absolutamente dramática e indigente que tiene la vida en Ortega.

La obra de Marías es mucho más diversa y diferente en muchos de sus planteamientos y trasciende las enseñanzas de su maestro, al que en algunos puntos contradice o abandona. El propio Marías era consciente de que se trataba de “superar”, en el sentido de la dialéctica histórica a que obedece la ley interna de la filosofía desde Grecia, las respuestas y las preguntas que Ortega había fijado en sus escritos: “completar a Ortega consigo mismo y darle sus propias posibilidades”⁷.

A quien observe el plan de la obra de Marías no le pasará desapercibido que antes de escribir los grandes libros que consagra a su maestro, dio prioridad a elaborar su propio sistema de filosofía, es decir, a “superar” (en el sentido de la *Aufhebung* hegeliana) aquella insuficiencia esencial que había descubierto en el corazón de la razón vital, a saber, que Ortega nunca había desplegado el sistema. En el volumen II de sus *Obras* edita la trilogía que contiene su propuesta de sistematización de la razón vital: *Introducción a la filosofía* (1947), *Idea de la metafísica* (1954) y *Biografía de la filosofía* (1954). La primera viene a ser una especie de propedéutica o introducción al método de la razón vital; la segunda presenta el sistema en su dimensión analítica y la tercera contiene la vertiente histórica de esta “nueva” razón y la sitúa en relación con el pasado filosófico.

Pero los primeros libros que dedicó Marías a Ortega no fueron para estudiarlo sino para defenderlo y lógicamente no son sino obras “reactivas” que se agotan en su razón de ser. En 1950 Marías contestó a tres jesuitas que desde 1942 venían hostigando a su maestro—el P. Iriarte, el mexicano Sánchez Villaseñor y Roig Gironella— en *Ortega y tres*

⁶ Sobre el “orteguismo” como un peligro para la universidad “católica” véase Antonio Martín Puerta, *Ortega y Unamuno en la España de Franco. (El debate cultural durante los años cuarenta y cincuenta)*, Madrid, Bellisco eds., 2008. Puede verse también mi artículo “La invención del orteguismo”, *Circunstancia*. XI - Nº 30 - Enero 2013, www.ortegaugasset.edu. En cuanto al tratamiento del “orteguismo” desde la izquierda, a parte del “lugar fundacional” que constituye la caricatura de Luis Martín Santos en *Tiempo de silencio*, véase la tesis sobre orteguianos ortodoxos y heterodoxos que puso en circulación Aranguren. Los heterodoxos habrían sido Gaos y Zambrano, y a la cabeza de los ortodoxos estaba Marías. Véase *El País*, 11 de octubre de 1985, José Luis L. Aranguren, “El diálogo con Ortega”. Fue replicado por Antonio Rodríguez Huéscar: “¿Diálogo con Ortega?” (*El País*, 16 de noviembre de 1985).

⁷ *Memorias 2*, p. 147.

antípodas, editado en Buenos Aires bajo sello de *Revista de Occidente*, libro que no pudo ser distribuido en España. En 1958 el dominico Santiago Ramírez recibió el encargo de refutar a Ortega, cuya presencia en la sociedad española se hacía sentir con más fuerza a raíz de su muerte en 1955. Ramírez, gran tomista, autor de un estudio redactado en latín sobre la analogía en varios volúmenes, no entendió a Ortega en su voluminoso *La filosofía de Ortega y Gasset* (1958), y ello se refleja en la torpeza de una refutación que solo convenció a los ya convencidos antes de leer una línea. Marías respondió ese mismo año con *El lugar del peligro*, que mereció una réplica del dominico: *La zona de seguridad* (1959). Pero esta vez Marías no estuvo solo. Pedro Laín, José A. Maravall y José L. López Aranguren respondieron a la provocación abriendo un debate sobre la posibilidad de un orteguismo católico⁸. Dicho debate no era ajeno a las luchas “palaciegas” en torno al poder entre las familias ideológicas que se disputaban el favor del dictador. Roma, una vez más, puso fin a los debates cuando convocó el concilio Vaticano II y la Iglesia católica inició un curso intensivo de modernidad.

Dos son los libros que dedica Marías a Ortega, dejando de lado una buena porción de artículos más o menos largos que fue redactando cuando la ocasión lo pedía: aparición de inéditos, fallecimiento, etc. Se trata de *Ortega, circunstancia y vocación* (1960). A pesar de su tamaño, más de quinientas páginas, no era sino una primera parte que contextualizaba ampliamente la filosofía de su maestro en la historia de España y en la filosofía europea y terminaba en el estudio del primer libro que publicara Ortega, las *Meditaciones del Quijote*, que también cumplen cien años. La tesis de Marías, muy discutida posteriormente pero que a mi juicio acierta, es que este pequeño libro contiene *in nuce* la filosofía toda de Ortega, por más que éste tardara en desplegarla. Por tanto, el resto de la producción orteguiana, desde 1914 hasta la fecha de su muerte y después —pues muchas de sus obras quedaron inéditas y fueron publicadas póstumamente—, quedaba para una segunda parte que sin embargo tardaría más de veinte años en aparecer. Llegó en 1983 con el título *Ortega**.- Las trayectorias*. En el prólogo justifica la razón de un retraso tan notable. Si en el primer libro el propósito central había sido “completar a Ortega consigo mismo”, ahora la perspectiva adecuada tenía que ser otra. Con su *Antropología metafísica* (1970), Marías había alcanzado el nivel de su propia filosofía, siempre en la estela de la razón vital, pero más allá de la interpretación orteguiana de la misma. Además el tiempo pasado desde la muerte de Ortega invitaba a describir las

⁸ También discutida por Ramírez en *¿Un orteguismo católico? Diálogo amistoso con tres epígonos de Ortega españoles, intelectuales y católicos*. (1958). Sobre las implicaciones políticas de estos debates, especialmente de los que tienen lugar a principios de la década de los cincuenta, véase Santos Juliá, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

“trayectorias” de su vida y obra pensando en las nuevas generaciones que no habían oído hablar –o habían oído hablar mal– de aquel⁹.

3.- La obra

En cierta ocasión escuché a Rodríguez Huéscar, buen amigo de Marías desde los años de la facultad, referir que cuando éste sacaba otro libro y alguien cercano elogiaba la productividad que demostraba, contaba que tenía en casa un gran armario lleno de inéditos. Huéscar añadió que probablemente Marías exageraba el tamaño del armario. Valga la anécdota para subrayar que la producción de Marías ha sido ingente. Hacia finales de los sesenta, cuando aún le quedaban más de treinta años de quehacer literario, sus obras reunidas ocupaban diez volúmenes de unas quinientas páginas de media.

La verdad es que una obra tan dilatada en el tiempo y, sobre todo, después de que empezara a escribir para la prensa diaria cuando ésta le dejó de estar vetada, a partir de principios de los sesenta, tan diversa en asuntos y enfoques, no se deja aprehender en unas pocas categorías. No obstante voy a intentarlo. Creo que puede hablarse de tres grandes bloques o zonas de obras: la filosófica, la historiográfica y la de temas de actualidad.

A la primera pertenecen además de los primeros libros, sobre todo las obras sistemáticas de las que ya hemos hablado ampliamente, las investigaciones sobre temas teológicos y religiosos y, en la última parte de su producción, una serie de ensayos sobre filosofía práctica (es decir, de tema ético), tema que antes apenas si le habían ocupado y dedicado publicaciones específicas. En pocos años aparecen *La felicidad humana* (1987), *La educación sentimental* (1992) un libro misceláneo pero con una unidad subyacente bien reflejada en el título, la formación de los afectos a lo largo de la historia occidental; o *El tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida* (1995).

En la segunda encontramos la abundante producción cuyo centro es España, tanto en su historia con obras muy leídas como *España inteligible* (1985) o *La España posible en tiempos de Carlos III* (1963); o en su literatura con algunos excelentes libros sobre Cervantes — *Cervantes, clave española* (1990)— y sobre otros muchos clásicos, desde

⁹ “Entre ambos [libros] ha acontecido la plena maduración de mi filosofía, y correlativamente de su método. Entre ellos se interpone una veintena de volúmenes, muchos ensayos y cursos. Sobre todo, *Antropología metafísica* (1970), que representa no solo un paso más, sino un paso más allá de Ortega, un planteamiento de la cuestión que, siendo originariamente orteguiano, excede del contenido de su doctrina filosófica”. “Hoy es menester (...) una hermenéutica que, en grado mínimo, reconstruya el mundo y los proyectos de alguien que, para muchos lectores es de otro tiempo” (Ortega**.- *Las trayectorias*, Madrid, Alianza, 1983, p. 19).

Unamuno a Pedro Salinas, pasando por Lope, Azorín, Espronceda, Jovellanos y un largo etcétera.

Y en la zona de actualidad, hay que destacar la abundante producción periodística que desplegó Marías en los diarios españoles, sobre todo, después de la muerte de Franco, es decir, cuando de nuevo se podía hacer política y la opinión pública contaba y podía y debía ser informada y aconsejada. También se localizan en esta zona las publicaciones en que reaccionó a las nuevas sociedades con las que tomaba contacto en sus viajes como profesor invitado o conferenciante. De ahí surgen sus libros sobre los EEUU, India o Israel.

4.- Marías y España

Si contáramos las páginas que ha dedicado Marías a presentar su filosofía y las dedicadas a sus ideas sobre historia y política creo que ganarían estas. Ello no significa que no haya una preeminencia de lo filosófico sobre cualquier otra perspectiva intelectual, porque las demás, la de historiador en este caso, le están supeditadas. Marías comentó una vez que no todo lo que había escrito era filosofía pero que, sin embargo, en todo estaba la filosofía.

Ya hemos señalado que los escritos sobre historia y cultura española forman por derecho propio una sección de su obra, inabarcable en el espacio que nos concedemos para este resumen apresurado de la obra de Marías. Me detendré en el libro que para muchos contiene las tesis más novedosas y polémicas sobre nuestra historia, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, cuya primera edición es de 1985. Es importante reparar en el subtítulo porque nos da dos claves para entender el libro: que se trata de una interpretación filosófica del sujeto colectivo “nación española” en una perspectiva metodológica muy concreta, de “razón histórica”, el modelo de razón que desarrolla y profundiza la razón vital, en cuyo horizonte intelectual, como sabemos, se mueve siempre la obra de Marías. La segunda clave, como el lector habrá observado, es ese plural no habitual a la hora de mencionar el nombre de la nación y que apunta al corazón de su interpretación: España no fue una nación más cuando en el Renacimiento europeo comenzó la constitución de éstas: después de la española, Francia, Inglaterra, etc. Fue una “Supernación transeuropea”: esta originalidad histórica, no siempre bien entendida por nuestros historiadores (Marías dixit) es justificada de la siguiente forma:

Hasta comienzos del siglo XIX, durante tres siglos —la casi totalidad de su historia moderna—, España no será simplemente una nación, una nación como las demás que tras ellas se van organizando, es decir, una nación intraeuropea, sino una Supernación transeuropea, un complejo de pueblos con un

repertorio de relaciones todavía no bien comprendidas, y con un proyecto histórico, a la vez coherente y múltiple, que llevamos casi dos siglos intentando oscurecer. Y esa ha sido acaso la mayor limitación de la historia reciente de España y de los demás pueblos hispánicos: la pérdida de su identidad auténtica, el enmascaramiento de su verdadera consistencia, el olvido de la plena significación de las Españas¹⁰.

Con esta última observación Marías alude a uno de los designios de nuestra historia moderna, el de haber quedado fuera del proceso de modernización que se pone en marcha en el núcleo de Europa y al que finalmente no conseguimos incorporarnos. Será la propia originalidad del proyecto histórico español la que dificulte dicha incorporación. Pero, ¿a qué proyecto se refiere Marías? Tocamos aquí lo más genuino de su interpretación: la confluencia de la Edad Media con el Renacimiento, contaminando nuestro acceso a la modernidad: el proyecto medieval se prolonga después de que se terminara con el dominio musulmán en la Península: “España se sigue interpretando como cristiana y esta dimensión religiosa se identifica —con todos los riesgos que ello tiene— con su condición nacional”. Esta visión de sí misma que asumió España implicó grandes empresas, como la conquista y cristianización de América, pero también grandes riesgos como la exacerbación de los conflictos religiosos en el interior (expulsión de judíos y moriscos, Inquisición, etc.) y, en el exterior, cuando estallen, la participación en las guerras de religión que afectaban a los intereses de la casa de Austria, pero no necesariamente a la rama que gobernaba “las Españas”; en la senda de dichas guerras se labra la decadencia de España, que, desde la paz de Westfalia, deja de contar como potencia europea de primer orden.

España se empeñó y se consumió en “la salvaguarda de una Europa a punto de perderse”. No entendió, en medio de los peligros que representaban las guerras religiosas y la amenaza exterior del Turco, la nueva política que, inspirada por una creciente secularización del poder político, había comenzado a practicar Francia, después de que la teorizara Maquiavelo. El proyecto español de una monarquía cristiana universal con todos los príncipes conviviendo en armonía, no solo provocaba recelos en las cancillerías sino que, según Marías, se había vuelto “incomprensible” para el resto de las naciones europeas. España se retrae (de Europa) y se desilusiona. En el importante capítulo xx “Revisión de la decadencia”, Marías hace una interpretación de la famosa “decadencia” llena de veracidad y acierto. Los errores que comete la minoría dirigente son, por un lado, no entender lo que pasa en Europa y no aceptar la realidad de eso que pasa. E, inseparable del anterior, persistir en centrar la política europea en la defensa del catolicismo, permitiendo que “la Iglesia ocupara dentro de la nación un puesto exagerado y que rebasaba

¹⁰ *España inteligible*, Madrid, Alianza, 1985, p. 182.

con mucho su función espiritual”. El fracaso político se sustanciaría en una “crisis de esperanza” que generará para mucho tiempo un estado de ánimo que Marías describe como de desilusión¹¹.

Y en donde Marías sigue sin coincidir con los lugares comunes de la decadencia española es en la profundidad y duración de esta. La decadencia dura 60 años. Y sobre esa tesis, propone su interpretación de un siglo XVIII en el que se produce no solo una salida de la decadencia sino una recuperación y puesta en forma de la nación española, especialmente en la segunda mitad del siglo, durante el reinado de Carlos III, al que dedica el libro ya mencionado.

No es la misma ni en su fondo ni en sus causas la otra decadencia que comienza con el siglo XIX a consecuencia de la invasión napoleónica y de la guerra contra el invasor sobre cuyo fondo se dibuja una “gravísima discordia que va a hacer posible hablar por primera vez de ‘dos Españas’”. El ciclo de guerras civiles a que da lugar dicha discordia termina con la Restauración, que Marías juzga valiosa en lo esencial. Encuentra injustificadas las críticas que se le dirigieron: “hoy nos dejan una impresión de exageración e injusticia”. Pero no oculta que el sistema no pudo resolver los problemas que la modernización del país trajo consigo: la cuestión social, la pérdida de las últimas colonias y el separatismo peninsular. Y naturalmente evoca el espléndido nivel alcanzado por la cultura española desde la aparición de la generación del 98¹².

Pero la renovación cultural de España no fue acompañada de la social, política y económica con el resultado, bien conocido, de una trágica guerra civil. Marías expone su posición remitiendo a algunos artículos anteriores, pero especialmente a “¿Cómo pudo ocurrir?”¹³. Desde 1931 y hasta 1936 tuvo lugar una progresiva escisión del cuerpo social “mediante la tracción continuada, ejercida desde sus dos extremos”. Habla de *frivolidad* como una de las causas del conflicto, sí: “la guerra fue consecuencia de una ingente frivolidad” de sus políticos, figuras representativas de la Iglesia, empresarios y sindicatos y también de los intelectuales y periodistas: “Tengo la sospecha —la tuve desde entonces— de que los intelectuales responsables se desalentaron demasiado pronto”. ¿Incluye a su maestro Ortega y su famoso “no es esto”? El aspecto moral del conflicto lo resumió con inesperada precisión en la frase: “Los

¹¹ Op. cit., pp. 172, 197, 220 y 247 para las citas del párrafo.

¹² Me parece especialmente acertado el elogio que dirige Marías a la generación del 98, sin cuyos miembros acaso no hubiéramos conocido el fastuoso nivel cultural que alcanzó España en las décadas posteriores: “Cada vez parece más asombrosa esta generación del 98, no solo por su calidad, sino principalmente por su *cualidad*, por la radical autenticidad de su punto de partida, por el refinado primitivismo —si vale la expresión— con que vuelven a los orígenes desde una multitud de saberes, experiencias, lecturas, dolores y esperanzas” (Op. cit., p. 356-357). Las citas anteriores en 319 y 344.

¹³ Apareció como parte final de *Cinco años de España* (1981). Citaremos por la más reciente reedición *La guerra civil, ¿cómo pudo ocurrir?*, Madrid, Fórcola, 2012.

justamente vencidos; los injustamente vencedores”¹⁴. El libro se termina en abril de 1985 con una invocación de la libertad y la imaginación a la búsqueda de un nuevo proyecto histórico.

La muerte de Franco en 1975 coincidía con la incorporación de una nueva generación a las responsabilidades históricas. Marías participó en esa conformación del proyecto colectivo con sus análisis y reflexiones desde la prensa, prácticamente escritos a diario. Al parecer fueron tenidos en cuenta por determinados políticos bastante decisivos en la construcción de esa nueva trayectoria histórica como Adolfo Suárez, que en alguna ocasión reconoció en público su deuda con Marías. También participó en la política activa aunque en un segundo plano a través de su nombramiento como senador de designación real. De todo ello han quedado un conjunto de libros que servirían en un futuro a un hipotético doctorando que quisiera estudiar cómo un filósofo instalado en una razón vital cuyo ingrediente central para la política es la libertad y la responsabilidad personales, vio la aventura de la transición.

Encontró valiosas la mayoría de las decisiones que se tomaban y de las perspectivas que se abrían en aquellos años, aunque no ahorró críticas, como las que hizo a la ponencia constitucional por haber obliterado el término “nación española” y haber introducido el muy equívoco de “nacionalidades”, en vez del histórico de “regiones”. Sin embargo, el balance era positivo: “Algunos errores, algunas concesiones, algunas ambigüedades impidieron que la constitución fuese tan perfecta como hubiera sido deseable. Pero fue una Constitución de todos, con las inevitables impurezas de todo lo que es real, sin dogmatismos e imposiciones, el cuerpo legal en que todos los españoles podían vivir cómodamente instalados, cada uno fiel a sí mismo”. Estas palabras, contenidas en un artículo, “Intrahistoria de la transición” que apareció en *ABC* en junio de 2002, conservan suficiente actualidad como para servir de orientación en la polémica sobre el posible desgaste y agotamiento que esa misma Constitución habría experimentado en la última década de la que Marías ya no ha sido testigo.

5.- El cristianismo de Marías

Podríamos decir que la separación entre la razón y la fe y su polémica en el seno del pensamiento moderno, toca a su fin en el siglo XX con el repliegue de la fe. No deja de plantear entonces un problema, a un tiempo filosófico y biográfico el que encontremos en Marías una doble “instalación” por un lado en una de las filosofías de la vida más rigurosamente agnósticas, la de Ortega; por otro, el sentimiento de pertenencia a la religión católica y a su concepción cristiana del mundo,

¹⁴ Op. cit., 49 y 74-75.

que Marías sintió desde su primera juventud y que nunca le abandonó. Cita Carpintero en su biografía unas líneas de las Memorias en que este asume su condición y su proyecto de ser cristiano: “Dios míos, dame una vida intensa y llena de sentido cristiano”¹⁵.

Pero también ha quedado claro que Marías vivió con no menos profundidad su instalación en la filosofía de la vida humana como realidad radical, al punto de hacer la gran renuncia de acceder a la universidad española, pues habría sido condición necesaria, no sabemos si suficiente, abjurar de sus maestros filosóficos.

“Dios a la vista”, había dicho Ortega en los 20: es en el horizonte de nuestra vida donde Dios hace notar su presencia, justo en la línea imaginaria que separa nuestro mundo de un incierto trasmundo al que una filosofía crítica, que respete por tanto sus limitaciones, no puede acceder. Marías fue perfectamente consciente de este requisito y defiende que el tema de Dios “nos viene por una vía religiosa”, credencial, por tanto no racional. Las religiones pertenecen al orden de las pre-filosofías, pero eso no significa que no den que pensar al hombre que reflexiona sobre las grandes cuestiones que su vivir le impone.

Marías se vuelve a sus otros maestros de mayor sensibilidad religiosa y encuentra en ellos dos motivos que le servirán de puente: en Unamuno, el anhelo de inmortalidad del yo como un “dato radical” de una vida; en Zubiri el motivo de la “religación”. El descubrimiento de la condición indigente y necesaria de la vida humana muestra que se nos da, es decir, que no somos *autores*, por tanto, que nuestra vida no tiene su razón de ser en ella misma. Ahí se encuentra la experiencia de religación hacia aquello que le da su fundamento y su razón de ser, “a un ente otro que el mundo, trascendente a él en quien éste encontraría su fundamento”¹⁶.

Pero Marías había de asumir su cristianismo en clave española. Esta le proporcionó un inconveniente y una ventaja. Del inconveniente ya hemos hablado suficientemente: la iglesia católica española era filosóficamente anacrónica e intempestiva. Reclamaba como filosofía a la altura de los tiempos, el escolasticismo de Tomás de Aquino. La ventaja residió en que Marías no estuvo solo en este sentimiento religioso y filosófico, a una, sino que fue una marca de su generación que quiso llamarse de la guerra. Quizá afectados en los más hondo por aquellas experiencias vividas en la primera juventud, Laín Entralgo o Aranguren, Ruiz Giménez, Luis Rosales experimentaron la necesidad de una proyección religiosa en el siglo XX, compartiendo las mismas concepciones teóricas que llevaban a un Sartre o a un Camus a proclamar una especie de ateísmo de rostro humano, con el que, no obstante, había que dialogar.

¹⁵ Op. cit., p. 168. Las palabras de Marías en el primer volumen de sus *Memorias*, p. 139.

¹⁶ Carpintero, op. cit., p. 180.

Y, en efecto, fue un golpe de buena suerte en la biografía de Marías que la Iglesia convocara el concilio Vaticano II para abrir las vías de comunicación con la modernidad. Marías asistió a algunas de sus sesiones invitado por un antiguo condiscípulo que había llegado a obispo. Este hecho marca el inicio de una colaboración de Marías con la Santa Sede, que quedó consagrada cuando Juan Pablo II le nombró miembro del Comité Vaticano para la Cultura. Las claves de su visión del cristianismo en el “nivel” histórico que le tocó vivir las ofreció en una de sus últimas publicaciones, *La perspectiva cristiana* (2005).

6.- Cuenta y razón de una vida

El título alude al que eligió Marías para bautizar la última revista que fundó y dirigió en su vida, palabras elegidas para evocar que vivir nos exige, y más si se trata de una vida “intelectual”, dar razón y echar bien las cuentas. Se trata, para terminar, de hacer una especie de balance de la vida de Marías.

Recuerda al principio de sus memorias la impresión que le causó la Facultad de Filosofía y Letras en la que se matriculó a los diecisiete años:

Esta Facultad era, ni más ni menos, *vida intelectual*, subrayando tanto el sustantivo como el calificativo. Me descubrió mi vocación profunda, por todo aquello junto—adiviné la honda conexión, hoy tan desconocida, de todas las disciplinas de humanidades—, con un centro organizador en la filosofía, desde la cual había de mirarlo todo, que había de constituir, en una dimensión decisiva, el argumento de mi vida¹⁷.

Dice Ortega en “Pidiendo un Goethe desde dentro” que “vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es”¹⁸. Ese proyecto o vocación conforma el argumento, en el sentido novelesco o cinematográfico del término. Y ese argumento, ya lo sabemos, se narró a sí mismo, en el caso del hombre llamado Julián Marías, a través de dos vocaciones centrales, imbricadas entre sí: la del escritor y la del filósofo-profesor, miembro destacado de una escuela de pensamiento que el mismo ayudó a crecer, la Escuela de Madrid.

Si las circunstancias históricas favorecieron antes la primera y bloquearon la segunda, ésta también tuvo su momento de sazón más tarde, cuando llegaron invitaciones a enseñar en varias universidades americanas, primero cuando fue invitado a enseñar literatura española en el Wellesley College y periódicamente en las visitas que hacía a la Facultad de Filosofía

¹⁷ *Memorias* 1, p. 101.

¹⁸ *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza, 1983, vol. IV, 400.

de Buenos Aires o a la universidad “orteguiana” de Río Piedras en Puerto Rico, donde se habían refugiado un puñado de españoles ilustres, desde Juan Ramón Jiménez al futuro presidente del primer Tribunal Constitucional de la Constitución del 78, Manuel García-Pelayo, junto con su compañero de estudios Antonio Rodríguez Huéscar o el novelista Francisco Ayala. Más adelante, relata Carpintero en su ya citada biografía, recibió el ofrecimiento de ocupar una cátedra en Yale pero la rechazó porque seguía en la convicción de que su vocación solo podía cumplirse en España. Hay que añadir que en la plenamente democrática nación española —para servirnos de la palabra que Marías reprochó a los “padres de la patria” haber olvidado en el texto constitucional— la universidad española corrigió el error histórico de la exclusión de Marías y le ofreció una cátedra de Filosofía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Por diversas razones, aunque creo que la fundamental fue que se trataba, como su nombre indica, de una universidad sin presencia de alumnos en sus aulas, la experiencia universitaria resultó fallida y aunque tomó posesión de la cátedra en 1980, trasladó muy pronto sus cursos universitarios al Instituto de España que ocupaba los edificios de la antigua Facultad de Filosofía en la calle San Bernardo. Después, Marías continuó su docencia gracias al Colegio de Eméritos que, desde su creación, ofreció la oportunidad de dictar cursos a muchos profesores ilustres que, por razones de edad, habían cumplido su trayectoria profesional en sus cátedras o laboratorios pero tenían mucho que ofrecer a una sociedad civil en la que no sobraban los maestros. La ingente actividad que desplegó Marías queda bien reflejada en las siguientes cifras: el primer curso, con el título “Filosofía creadora del siglo xx”, lo dictó entre enero y junio de 1987, ese mismo año, en octubre, comenzaba un segundo curso (1987-88) al que siguieron, sin solución de continuidad, otros diez, uno por año, hasta el último dictado entre 1997 y 1998, cuando Marías contaba ochenta y cuatro años. Algunos de los temas que trató en los cursos quedan perfectamente reflejados en sus títulos: *Metafísica como teoría de la vida humana*, *Filosofía y cristianismo*, *Acierto y error como claves de la realidad histórica*, *Génesis y realidad de Europa*, *Filosofía para empezar un siglo*, *Un siglo de antropología cinematográfica* o *La perspectiva cristiana*.

No le faltaron reconocimientos públicos tales como el ingreso en la Real Academia de la Lengua o el premio Príncipe de Asturias de Humanidades. No obstante, Marías quedó enérgicamente asociado a lo que ya en los tiempos de la transición se identificó como “pensamiento de derechas”, sin mayores matices. En su ya citado ensayo de interpretación sobre las causas de nuestra guerra, “La guerra civil, ¿cómo pudo ocurrir?”, identificaba como una de ellas la *politización de todo*: “lo único que importaba saber de un hombre, una mujer, un libro, una empresa, una propuesta, era si era de ‘derechas’ o de ‘izquierdas’, y la reacción era automática. La política adelantó desde el lugar secundario que le pertenece hasta el primer plano, dominó el horizonte, eclipsó cualquier

otra consideración”¹⁹. Guardada la proporción, es decir, subrayando que el fenómeno tuvo entonces una virulencia insoportable, creo que puede decirse que dicha “politización” se ha convertido en una especie de uso social, por tanto, algo normalizado para amplias zonas de nuestra convivencia.

Cuando en los 90 y después se iniciaron las revisiones, las recuperaciones y las condenas, Marías fue más bien ignorado sobre todo en los medios universitarios y por las llamadas "nuevas generaciones", salvo para ser tildado de conservador, orteguiano y liberal. Liberal es lo que entonces —y ahora— no se podía ser en España. Marías lo fue de convicción y de acción. También orteguiano y tampoco salía gratis serlo, durante y después del franquismo. Lo de “conservador”, lo era pero no más de lo que exige el saludable principio de que la vida humana ha de conocer y comprender su propio pasado si no quiere repetir errores.

Fidelidad a la razón vital o histórica, a España y a su visión cristiana del mundo, no necesariamente por este orden, son el núcleo de convicciones que armaron la vida de Julián Marías. Resolverse en contra de lo que *se puede* hacer y decir para ejecutar en cada momento lo que *hay que* hacer y decir. Esta fue la disposición con que Marías enfrentó su destino, es decir, su vocación, consiguiendo, probablemente, una vida plena.

¹⁹ *La guerra civil, ¿cómo pudo ocurrir?*, Madrid, Fórcola, 2012, pp 44-45.